

con acento

## Sudán: *sharía* y petróleo

Juan Antonio Irazabal

Dos millones de muertos y 19 años de guerra civil. ¿Todo por culpa de la *sharía*? ¿Por intentar imponer la ley islámica a las poblaciones del Sur? ¿No es mucho sacrificarse por un ideal religioso? Que haya nombres-bomba, palestinos desesperados sin patria ni pan, capaces de buscar el «martirio», se comprende fácilmente. Pero que haya políticos tan idealistas, aunque se trate de esos que proclaman a los cuatro vientos su slamismo radical, resulta ya más difícil de imaginar. ¿No habrá algo más de por medio?

Dicen que geografía y fechas exactas son los los pies de la historia. Y ambas a dos indican con suficiente claridad que la *sharía* no fue la causa sino la consecuencia de una guerra declarada por otros motivos. La guerra empezó en mayo de 1983, y la *sharía* se proclamó en setiembre de ese mismo año. La extensión de la *sharía* al Sur tenía que servir le banderín de enganche para la población del Norte, musulmana en su gran mayoría, en una guerra que ya estaba en marcha por otros motivos.

Fueron las poblaciones del Sur las que tomaron la iniciativa de la sublevación a causa de toda una serie de atropellos que estaban padeciendo. Para empezar, el acuerdo de paz de 1972 que puso fin a la primera guerra civil (1955-1972) hizo que pasaran bajo control del Norte los montes Nuba, la provincia del Nilo Azul y la región de Abyei, territorios todos ellos habitados por negro-africanos, la mayoría de religión cristiana. Además, en 1980 la compañía norteamericana *Chevron* descubrió petróleo en Sudán, y ¡todo el petróleo se encontraba en el Sur!, que gozaba de una semi-autonomía –con gobierno propio en Yuba– gracias a la cual podría beneficiarse de la explotación del oro negro.

Entonces el presidente de Sudán, que por aquellas fechas era Gaafar Muhammad Nimeiry, decidió cambiar, una vez más, el mapa del país. En el nuevo mapa de Sudán pareció una provincia formando parte de los

territorios del Norte, aunque todos sus habitantes eran negro-africanos y de religión sobre todo cristiana. Colmo de ironías: a aquella provincia se le puso el nombre de «Provincia de la Unidad»: Sudán quedaría «unida» en una guerra de 19 años.

Tras tantos años de guerra, la reacción más generalizada de los que la observan de lejos se tiñe de fatalismo: «¡Cómo está África!, esas guerras tribales no acaban nunca, salen de una hambruna para caer en otra», etc. Con qué facilidad se maquilla un expolio político o una depuración étnica y se la presenta como una catástrofe humanitaria (una más), con el apoyo explícito o tácito de las potencias mundiales. Francia se ha distinguido últimamente en su papel de abogada del régimen racista de Sudán, tal vez en pago por la entrega del terrorista *Carlos*. Incluso la UNICEF habla pudorosamente de niños del Sur secuestrados, cuando todo el mundo sabe –si quiere saberlo, porque los testimonios abundan– que son vendidos como esclavos en el Norte de Sudán. Esto ya no es fatalidad, sino complicidad. La más extendida de todas, la complicidad del silencio. Se olvida demasiado fácilmente que hubo un tiempo (de 1972 a 1983) en que Sudán tuvo un vicepresidente del Sur, un dinka protestante, que el actual jefe de la guerrilla formaba parte del gobierno de Jartum y que casi 600 grupos étnicos convivían pacíficamente en Sudán... hasta que se descubrió el petróleo.

El 14 de octubre del pasado año volvieron a abrirse en Kenia unas negociaciones tantas veces interrumpidas entre el gobierno de Jartum y el Ejército popular de liberación del Sudán (SPLA). Esta vez los nordistas parecen haber comprendido que sin paz no es posible explotar el petróleo del Sur y que ciertas amistades peligrosas les pueden costar muy caro. EE UU amenaza con apoyar a la guerrilla si Jartum no firma un tratado de paz con el Sur, en marzo de 2003 a más tardar. Por una vez, el atentado de las Torres Gemelas podría producir un efecto benéfico. ■